

Relatos de Yásnaia Poliana

Cuentos para Niños y
El Prisionero del Cáucaso



Escuela de Yásnaia Poliana

Primera edición en REINO DE CORDELIA, junio de 2019

Título original: *Первая, вторая, третья и четвертая русская книга для чтения* (1871-1875) y *Кавказский пленник* (1872)

Edita: Reino de Cordelia

www.reinodocordelia.es

  @reinodocordelia.es  facebook.com/reinodocordelia

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S.L.

Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

De la traducción © Sara Gutiérrez, 2010

Ilustración de sobrecubierta, *Libélula* (1884). Retrato de Vera Repina, hija del artista, de Iliá Repin

Ilustración de cubierta, *Preparándose para un examen* (1864), de Iliá Repin

ISBN: 978-84-16968-81-7

Depósito legal: M-21515-2019

IBIC: FA

Diseño y maquetación: Jesús Egido

Corrección de pruebas: Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Relatos de Yásnaia Poliana

Cuentos para Niños y
El Prisionero del Cáucaso

Lev Tolstói

Traducción de Sara Gutiérrez



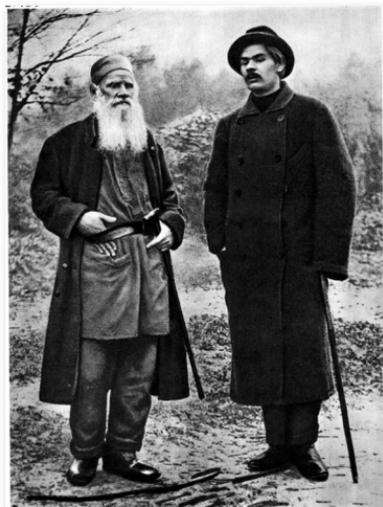
Índice

<i>Presentación</i>	1
CUENTOS PARA NIÑOS	13
El niño de la piedra	15
El aldeano y los pepinos	17
El incendio	19
Cómo contaba el ayo cómo montaba él a caballo	23
La mimbrera	27
Cómo aprendí a montar a caballo	31
<i>Bulka</i>	35
<i>Bulka</i> y el jabalí	39
Faisanes	43
<i>Milton</i> y <i>Bulka</i>	47
La tortuga	49
<i>Bulka</i> y el lobo	53

Lo que le sucedió a <i>Bulka</i> en Piatigorsk	57
El final de <i>Bulka</i> y de <i>Milton</i>	61
La liebre	63
Dios ve la verdad, pero tarda en decirla	67
Querer es poder	81
EL PRISIONERO DEL CÁUCASO	95
1	97
2	104
3	113
4	119
5	125
6	134

Presentación

ENTRE 1871 Y 1875, Lev Tolstói re-dactó seis volúmenes para enseñar a leer y a escribir a los niños de su escuela de Yásnaia Poliana. En enero de 1872, en una carta dirigida a Alexandra Andréievna Tolstaia, hija de un tío abuelo del escritor, mostraba su ilusión de que estos libros, entre los que figura el denominado *Abecedario*, sirvieran para que estudiaran «dos generaciones de niños rusos, desde los de los zares hasta los de los campesinos [...]. Después de haber escrito este *Abecedario* puedo morir tranquilo».

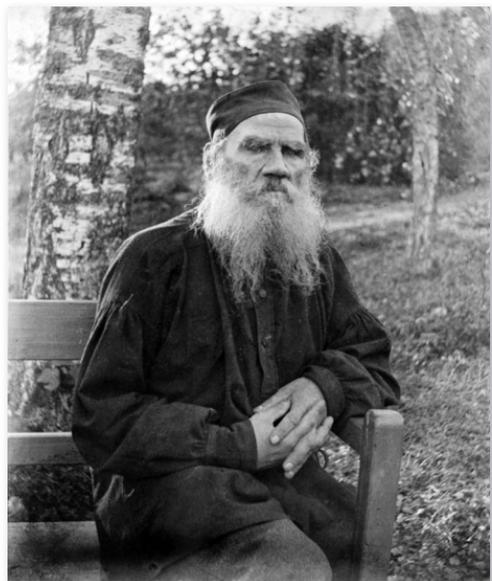


21 - Л. Н. Толстой и А. М. Горький
Ясная Поляна, 1900 г.

Фотомонтаж С. А. Ткачев

Encuentro en Yásnaia Poliana en 1900
entre Lev Tolstói y Maksim Gorki.

Tolstói intentó reflejar en estas obras el lenguaje popular, el de los escolares de Yásnaia Poliana, buscando un estilo claro y sencillo que le obligó a realizar grandes esfuerzos. En carta al crítico Nikolái Nikoláievich Strá-jov, fechada a primeros de marzo de 1872, confiesa abier-



Lev Tolstói en 1897.

tamente que «la lengua que habla el pueblo y que tiene sonidos para expresar todo lo que un poeta siente deseos de decir me gusta. Esta lengua, además —y eso es lo esencial—, es el mayor regulador poético. Intente decir algo superfluo, ampuloso, enfermizo, la lengua no se lo permitirá; nuestra lengua literaria, por el contra-

rio, no tiene osamenta; está tan mimada que uno puede decir todo lo que se le antoje: todo tiene aspecto de literatura».

Unos párrafos después, continúa: «Dedico todo mi tiempo y toda mi energía al *Abecedario*. Para *La Aurora* escribí “El prisionero del Cáucaso”, un relato que entrará en el *Abecedario* y que enviaré antes de una semana».

Una selección con los mejores relatos de los *Libros rusos de lectura*, incluido *El prisionero del Cáucaso* —que podría calificarse de novela corta—, escritos por Tolstói para sus alumnos de Yásnaia Poliana, se ofrecen a continuación en una nueva traducción de Sara Gutiérrez que respeta fielmente el lenguaje y estilo utilizados originalmente por el gran autor ruso.

EL EDITOR

Relatos de Yásnaia
Poliana
Cuentos para Niños



Lev Tolstói, con sus nietos.

El niño de la piedra

(Hecho verídico)

UNA POBRE MUJER TENÍA UNA HIJA, Masha. Masha fue por la mañana a por agua y vio que en la puerta había algo enrollado en un trapo. Masha posó los cubos y desenrolló el trapo. En cuanto tocó el trapo, algo empezó a gritar desde su interior: ¡Ua! ¡Ua! ¡Ua! Masha se inclinó y vio que se trataba de un pequeño bebé colorado. Gritaba fuerte: ¡Ua! ¡Ua! Masha lo cogió en brazos, lo metió en la casa, y se puso a darle leche con una cuchara. Su madre preguntó: «¿Qué has traído?». Masha contestó: «Un bebé, lo encontré en nuestra puerta». La madre dijo: «Con lo pobres que somos, ¡cómo vamos a alimentar además a un bebé! Iré a hablar con el jefe para que lo recojan». Masha se echó a llorar y suplicó: «Madre, no comerá mucho, déjalo aquí. Mira qué brazos y dedos más rojos y arrugados tiene». La madre lo miró y sintió pena

por él. Se quedó con el bebé. Masha alimentaba y fajaba al bebé, y le cantaba canciones para dormirlo.

El aldeano y los pepinos

(Fábula)

ÉRASE UNA VEZ UN ALDEANO que fue a robar pepinos a un huerto. Se arrastró hasta los pepinos y pensó: «Veamos, me llevo un saco de pepinos y los vendo, y con el dinero me compro una gallina. La gallina me pone huevos, los empolla, y cría muchos pollitos. Alimento los pollitos, los vendo, y compro un lechón, y se convierte en una cerda; me pare la cerda lechones. Vendo los lechones y compro una yegua; me pare una potrada. Crío los potros, y los vendo; compro una casa y planto un huerto. Planto un huerto y siembro pepinos. Pero no dejaré que me los roben, mantendré firme la guardia. Contrataré vigilantes, los pondré a vigilar los pepinos, y yo mismo daré una vuelta por allí de vez en cuando y les gritaré: “¡Eh vosotros, ni se os ocurra bajar la guardia!”». De tal manera se ensimismó el aldeano, que se olvidó completamente de que estaba en

un huerto ajeno y gritó con todas sus fuerzas. Los guardias que le oyeron, saltaron sobre él y le zurraron de lo lindo.

El incendio

(Hecho verídico)

EN LA ÉPOCA DE LA COSECHA, los hombres y las mujeres se iban a trabajar. En la aldea se quedaban solo los más viejos y los más pequeños. En una isba¹ se quedaron una abuela y sus tres nietecillos. La abuela encendió la estufa y se echó a descansar. Se posaron sobre ella moscas y la picaron. Se tapó la cabeza con una toalla y se durmió. Uno de los nietos, Masha, que tenía tres años, abrió la estufa, amontonó carbón en una vasija rota y se fue al zaguán. En el zaguán había gavillas. Las mujeres preparaban esas gavillas con ataduras de paja². Masha cogió el carbón, lo posó al lado de las gavillas y se puso a soplar. Cuando la paja comenzó a prender, se alegró, entró

¹ Casa rural rusa de madera. (Todas las notas en las que no se especifique autoría son de la traductora).

² Cordones de paja, para agavillar. (Nota del autor).

en la isba y volvió con Kiriushka, su hermano de año y medio, que empezaba a caminar, cogido de la mano, y le dijo: «Mira qué estufa aticé, Kiliushka». Las gavillas ya ardían y crepitaban. Cuando el zaguán se llenó de humo, Masha se asustó, y corrió a meterse en la isba. Kiriushka cayó en el umbral, se hizo daño en la nariz y empezó a llorar. Masha lo arrastró al interior de la isba y se escondieron los dos debajo de un banco. La abuela no había oído nada y seguía durmiendo. El chico mayor, Vania, de ocho años, estaba en la calle. Cuando vio que salía humo del zaguán, corrió hacia la puerta, entró volando en la isba a través del humo y despertó a la abuela; pero la abuela, aturdida, entre sueños, no se acordó de los niños, dio un bote y salió corriendo en busca de gente. Masha, mientras tanto, seguía sentada bajo el banco, callada; el pequeño gritaba porque le dolía la nariz. Vania oyó sus gritos, miró debajo del banco y gritó a Masha: «¡Corre, que te quemas!». Masha corrió hacia el zaguán, pero el humo y las llamas le impidieron pasar. Volvió atrás. Entonces Vania subió la ventana y le mandó salir por ella. Cuando Masha hubo pasado, Vania agarró al hermano y tiró de él. Pero el pequeño pesaba mucho y no se dejaba llevar. Lloraba y empujaba a Vania. Vania cayó dos veces antes de llegar a la ventana con él a rastras, la puerta de la isba ya estaba ardiendo. Vania metió la cabeza del niño por la ventana con la intención

de empujarlo, pero el niño, que tenía mucho miedo, se aferró con las manos y no se soltaba. Entonces Vania gritó a Masha: «¡Agárralo por la cabeza!», mientras él le empujaba por el culo. Y así fue como lo sacaron a la calle por la ventana y como ellos mismos saltaron fuera.

Cómo cantaba el ayo cómo montaba él a caballo

(Hecho verídico)

EN NUESTRAS TIERRAS había un viejo anciano, Pimén Timofeich. Tenía noventa años. Vivía en casa de su nieto sin preocupaciones. Tenía la espalda encorvada, caminaba con bastón y movía las piernas despacio. No le quedaba ningún diente y su rostro estaba arrugado. Le temblaba el labio inferior; cuando caminaba y cuando hablaba pegaba los labios y era imposible entender lo que decía.

Nosotros éramos cuatro hermanos, y a todos nos gustaba montar a caballo. Pero no teníamos caballos dóciles para montar. Solo nos dejaban montar en un viejo caballo que se llamaba *Voronok*³.

Una vez, madre nos permitió montar a caballo y fuimos los cuatro a la cuadra con el ayo. El cochero ensilló

³ *Voronok* quiere decir cuervo pequeño y es un nombre habitual para los caballos de color negro.

para nosotros a *Voronok*, y el primero en irse fue el hermano mayor. Cabalgó durante un largo rato. Fue a la era y alrededor del jardín, y, cuando venía de vuelta, le gritamos: «¡Venga, ahora al galope!».

El hermano mayor comenzó a golpear a *Voronok* con las piernas y la fusta, y *Voronok* pasó de largo ante nosotros.

Después del hermano mayor montó otro hermano, y cabalgó durante bastante tiempo y también arreó a *Voronok* con la fusta y galopó por la ladera del monte. Él todavía quería seguir, pero el tercer hermano le pidió que le dejara a él lo antes posible. El tercer hermano anduvo por la era y alrededor del jardín, además de por el pueblo, y fue a galope tendido por la ladera del monte hacia la cuadra. Cuando se acercó a nosotros, *Voronok* resoplaba, y se le habían oscurecido el cuello y las patas a causa del sudor.

Cuando llegó mi turno, quise impresionar a mis hermanos y demostrarles lo bien que montaba. Arreé a *Voronok* con todas mis fuerzas, pero *Voronok* no quería salir de la cuadra. Por más que le pegué no quiso galopar, daba un paso y volvía para atrás. Me puse furioso con el caballo y, con todas mis fuerzas, le golpeé con la fusta y los pies.

Procuraba golpearle donde más le doliera, rompí la fusta y con lo que me quedó de ella le golpeé en la ca-

beza. Pero así todo *Voronok* no quiso galopar. Entonces di la vuelta, fui adonde el ayo y le pedí una fusta más fuerte. Pero el ayo me dijo:

—Basta de montar, caballero, bájese del caballo. ¿Para qué hacer sufrir al animal?

Me ofendí y dije: «¿Cómo? ¡Si no me he movido del sitio! ¡Verás cómo galopo ahora! Por favor, dame una fusta más fuerte. Lo voy a encender».

Entonces el ayo movió la cabeza y dijo:

—Ay, caballero, no tiene piedad. Qué le va a encender, si ya tiene veinte años. El caballo está agotado, respira con dificultad y aún así se esfuerza. ¡Es que es tan viejo! Tanto como Pimén Timofeich. Si os subierais a Timofeich y con todas vuestras fuerzas le arrearais con la fusta, ¿no os daría pena?

Me acordé de Pimén, y entonces hice caso al ayo. Me bajé del caballo y cuando me fijé en lo sudoroso que llevaba el costado, la dificultad con la que respiraba por las fosas nasales y movía la cola pelada, comprendí que el caballo lo estaba pasando mal. Y sin embargo yo pensaba que se estaba divirtiendo tanto como yo. Me dio tanta pena de *Voronok* que cubrí de besos su sudoroso cuello y le pedí perdón por haberle pegado.

Ya me he hecho mayor, pero siguen dándome pena los caballos, y siempre recuerdo a *Voronok* y a Pimén Timofeich cuando veo que hacen sufrir a alguno.

La mimbrera

(Hecho verídico)

POR SEMANA SANTA, un aldeano fue a mirar si la tierra se había deshelado.

Entró en el huerto y con una estaca tentó la tierra. La tierra estaba empapada. El aldeano se fue al bosque. En el bosque ya abultaban los brotes en la mimbrera. El aldeano pensó: «Veamos, si planto mimbreras alrededor del huerto, crecerán y lo protegerán». Cogió un hacha, cortó una decena de mimbreras, desbastó de puntas gruesas las estacas y las hincó en la tierra.

Todas las mimbreras echaron brotes con hojas en la parte superior, y en la inferior, por debajo de la tierra, echaron esos mismos brotes en lugar de raíces; y unas se agarraron a la tierra y prendieron, pero otras se agarraron a la tierra torpemente por las raíces, murieron y se cayeron.

En otoño el aldeano se alegró por sus mimbreras: seis habían prendido. En la primavera siguiente, las ovejas mordisquearon cuatro mimbreras, y quedaron solo dos. A la primavera siguiente también éstas fueron mordisqueadas por las ovejas. Una se perdió completamente, la otra se logró, comenzó a enraizarse y se convirtió en un árbol. En primavera, las abejas zumbaban mucho y fuerte en la mimbrera. En la época de enjambrazón a menudo se asentaban en la mimbrera enjambres y los aldeanos los cogían. Las aldeanas y los aldeanos frecuentemente almorzaban y dormían bajo la mimbrera; y los muchachos trepaban a ella y le arrancaban mimbres.

Mucho después de que aquel aldeano, el que plantó la mimbrera, hubiera muerto, ella seguía creciendo. El hijo mayor le cortó ramas dos veces y las utilizó para la lumbre. Aun así, la mimbrera siguió creciendo. La podaron en redondo, dejaron solo una tuberosidad, pero en la primavera siguiente volvió a tener ramas, delgadas eso sí, pero el doble de largas que las anteriores, como pasa con la crin del potrillo.

El hijo mayor dejó de atender la finca, y el pueblo fue abandonado, pero la mimbrera siguió creciendo en el campo yermo. Llegaron aldeanos de otras tierras, la cortaron y aún así creció. La tormenta azotó la mimbrera, salvó las ramas laterales, creció y floreció. Un aldeano quería hacerla estacas, pero abandonó la idea porque

estaba cubierta de barro. La mimbrera cayó de costado y quedó sujeta solo por un lado, y aún así creció, y cada año llegaban volando abejas a libar el néctar de sus flores.

Una vez se reunieron los muchachos, a principios de la primavera, a cuidar los caballos bajo la mimbrera. Sintieron frío y decidieron encender un fuego, reunieron rastrojos, ajeno, broza. Uno trepó a la mimbrera y cortó ramas. Lo amontonaron todo en el hueco de la mimbrera y le prendieron fuego. Chisporroteó la mimbrera, hirvió la savia en ella, salió humo y el fuego se extendió, todo su interior ennegreció. Los brotes jóvenes se arrugaron, las flores se marchitaron. Los muchachos llevaron los caballos de vuelta a casa. La mimbrera quemada se quedó sola en el campo. Llegó volando un cuervo negro y gritó: «¡Vaya, la diñó la vieja badila! ¡Ya era hora!».

Cómo aprendí a montar a caballo

(Relato de aristócrata)

CUANDO VIVÍAMOS EN LA CIUDAD, estudiábamos todos los días, solo los domingos y los festivos salíamos a pasear y jugábamos entre nosotros. Un día padre dijo: «Los chicos mayores tienen que aprender a montar a caballo. Hay que mandarlos al picadero». Yo era el más pequeño de todos los hermanos y pregunté: «¿Puedo aprender yo?». Padre dijo: «Tú te caes». Insistí en que me enseñaran también a mí, y faltó poco para que me pusiera a llorar. Padre dijo: «Está bien, a ti también. Pero procura no llorar cuando te caigas. Quien no se cae ni una sola vez del caballo no aprende a montar».

Cuando llegó el miércoles, nos llevaron a los tres al picadero. Entramos en un gran soportal, y del gran soportal pasamos a un pequeño porche. Y al lado del porche había una gran habitación. En el suelo de la habita-

ción había arena. Y en esta habitación montaban a caballo caballeros, damas y también muchachos como nosotros. Eso era el picadero. En el picadero no había mucha luz y olía a caballo, y se oía cómo golpeaban con la fusta, gritaban a los caballos, y los caballos golpeaban con los cascos las paredes de madera. Al principio me asusté y no podía fijarme en nada. Después nuestro ayo llamó al instructor y dijo: «Déles caballos a estos chicos, van a aprender a montar». El instructor dijo: «Vale».

Después me miró a mí y añadió: «Éste es muy pequeño». Y el ayo dijo: «Ha prometido que no llorará cuando se caiga». El instructor se echó a reír y se fue.

Después traje tres caballos ensillados; nos quitamos los capotes y bajamos por la escalera al picadero, el instructor sujetaba el caballo con una cuerda y mis hermanos cabalgaban formando un círculo alrededor de él.

Al principio iban al paso, después al trote. Después trajeron un caballito pequeño, un alazán con la cola cortada. Se llamaba *Chervonchik*⁴. El instructor se rio y me dijo: «A ver, caballero, siéntese». Yo estaba tan contento como asustado, pero procuraba actuar de manera que nadie lo notara. Intenté durante un buen rato meter el pie en el estribo, pero no había manera, realmente era demasiado pequeño. Entonces el instructor me cogió en

⁴ *Chervonchik*, de «chervonets», que significa diez rublos de papel.

brazos y me subió a la silla. «No es pesado el señor, unas dos libras⁵, no creo que pese más», dijo.

Al principio me cogió de la mano, pero yo había visto que a mis hermanos no los habían sujetado y le pedí que me soltara. «¿Y no tiene miedo?», me preguntó. Tenía mucho miedo pero le dije que no. Tenía miedo sobre todo porque *Chervonchik* no hacía más que agachar las orejas. Pensé que estaba enfadado conmigo. El instructor dijo: «¡Tenga cuidado de no caer!», y me soltó. Al principio *Chervonchik* iba al paso y yo me mantenía recto. Pero la silla era resbaladiza y tenía miedo a torcerme. «¿Qué, se afianzó?», me preguntó el instructor. «Me afiancé», le dije. «Bien, pues ahora al trote», y el instructor chasqueó la lengua.

Chervonchik echó a correr a trote ligero y comenzó a lanzarme hacia arriba. Pero yo no dije nada y procuraba no deslizarme hacia un lado. El instructor me halagó: «¡Sí señor, muy bien!». Cosa que me alegró mucho.

En ese momento se acercó al instructor un compañero suyo y se puso a hablar con él, y el instructor dejó de mirarme.

De pronto sentí que me torcía un poco hacia un lado de la silla. Quería enderezarme pero no era capaz. Que-

⁵ La libra no era igual para todos los que la utilizaban como medida [RAE: Peso antiguo de Castilla, dividido en 16 onzas y equivalente a 460 g. En Aragón, Baleares, Cataluña y Valencia tenía 12 onzas, 17 en las Provincias Vascongadas y 20 en Galicia, y además las onzas eran desiguales, según los pueblos]. Según un diccionario de pesos y medidas, en Rusia una libra equivalía a 409,51241 gramos.

ría llamar al instructor para que él lo parara pero pensé que hacer eso sería una vergüenza y callé. El instructor no me miraba. *Chervonchik* seguía trotando y yo cada vez me iba más hacia un lado. Miré al instructor y deseé que me ayudara, pero él seguía hablando con su amigo y, sin mirarme, dijo: «¡Muy bien caballero!». Yo ya estaba completamente de lado y tenía mucho miedo. Pensé que estaba perdido. Pero me daba vergüenza gritar. *Chervonchik* tiró de mí otra vez, me fui completamente de lado y caí al suelo. Entonces *Chervonchik* se paró, el instructor miró y vio que yo no estaba sobre *Chervonchik*. Dijo: «¡Vaya! Se cayó mi caballero», y se acercó a mí. Cuando le dije que no me había hecho daño, se echó a reír y dijo: «El cuerpo de los niños es blando». Pero me apetecía llorar. Le pedí que me subiera a la silla de nuevo, y me sentó. Y no volví a caer.

Así fuimos al picadero dos veces a la semana, y yo enseguida aprendí a montar bien y sin miedo.

*Bulka*⁶

(Cuento de oficial)

YO TENÍA UN CHUCHO. Lo llamábamos *Bulka*. Era totalmente negro, excepción hecha de los extremos de las patas delanteras que eran blancos. Todos los chuchos tienen la mandíbula inferior más larga que la superior y los dientes superiores quedan detrás de los inferiores, pero *Bulka* tenía la mandíbula inferior tan prominente que se podía meter un dedo entre los dientes inferiores y los superiores. *Bulka* tenía el rostro ancho; los ojos grandes, negros y brillantes; y los dientes y los colmillos blancos, siempre fuera. Parecía un negrito⁷. *Bulka* era tranquilo y no mordía, pero era muy fuerte y tenaz.

⁶ *Bulka* es una palabra coloquial que se utiliza para denominar cariñosamente a los bulldog. Y en este caso es el nombre propio del perro.

⁷ *Apan* significa árabe o moro (en ruso moderno, «апаб»), pero en la época de Tolstói llamaban *apan* a los negros. *Bulka* se parecía a un negrito por ser negro y tener el rostro ancho y la mandíbula grande.

Cuando se aferraba a lo que fuera, cosa que a veces ocurría, apretaba los dientes y quedaba colgado como un trapo y no había manera de arrancarlo, como si fuera unas tenazas.

Una vez lo azuzaron contra un oso, se agarró del oso por la oreja y se quedó allí colgado, como una sanguijuela. El oso le golpeó con las patas, lo apretó contra él, lo zarandeó de un lado a otro, pero no se lo pudo arrancar y se tiró de cabeza para aplastar a *Bulka*, pero aún así *Bulka* permaneció agarrado a él, hasta que le echaron agua fría.

Lo cogí cuando era un cachorro y yo mismo lo crié. Cuando me fui a servir al Cáucaso, no quería llevarlo y me alejé sigilosamente, además de ordenar que lo encerraran. Estaba en la primera estación de postas con intención de cambiarme a otra diligencia, cuando de pronto vi que por el camino rodaba algo negro y brillante. Era *Bulka* con su collar de cobre. Corría a pleno pulmón hacia la estación. Se abalanzó sobre mí, me lamió la mano y se tumbó a la sombra bajo la telega. Tenía la lengua completamente fuera. Tan pronto la sorbía, tragándose la saliva, como la sacaba completamente. Se apuraba de tal manera que no le daba tiempo a respirar, le temblaba mucho el costado. Se revolcaba y golpeteaba la tierra con el rabo.

Después supe que, tras mi partida, había hecho un agujero en el marco y había saltado por la ventana, y sin más, con el fin de seguirme, había echado a correr por el camino, y había recorrido a la carrera unas veinte verstas⁸ con un calor sofocante.

⁸ Medida itineraria rusa, equivalente a 1.067 m.

Bulka y el jabalí

(Relato)

UNA VEZ EN EL CÁUCASO, fuimos a cazar jabalíes, y *Bulka* vino corriendo conmigo. En cuanto los galgos salieron en tropel, *Bulka* se lanzó tras sus gritos y desapareció en el bosque. Esto ocurrió en el mes de noviembre, entonces los jabalíes y los cerdos suelen estar muy gordos. En el Cáucaso, en los bosques donde viven los jabalíes, suele haber muchos frutos sabrosos: uvas silvestres, piñas, manzanas, peras, moras, bellotas, endrinos. Y cuando todos estos frutos maduran y caen por las heladas, los jabalíes se atiborran y engordan.

En esa época el jabalí suele estar tan gordo que no puede correr mucho delante de los perros. Tras ser perseguido unas dos horas, se queda atascado en el espesor del bosque y se para. Entonces los cazadores corren hacia ese lugar, donde él permanece quieto, y disparan. Por

el ladrido del perro se puede saber si el jabalí está parado o corriendo. Si corre, los perros ladran con chillidos, como si les estuvieran pegando; y si está parado, ladrarán como ladrarían a una persona, y aúllan.

En esta cacería corrí mucho por el bosque, pero no tuve ni una sola ocasión de cortar el paso a un jabalí. Por fin, oí un ladrido prolongado y un aullido de los perros de caza y corrí hacia ellos. Estaba realmente cerca del jabalí. Podía oír los crujidos en la fronda. Era el jabalí revolviéndose con los perros. Pero por los ladridos se podía percibir que no lo habían cogido, solo daban vueltas cerca. De pronto, sentí algo que susurraba detrás, y vi a *Bulka*. Evidentemente, había perdido a los galgos en el bosque y estaba confundido, y ahora al escuchar los ladridos igual que yo, rodaba con furia hacia ese lado. Corría campo a través, entre la hierba alta, solo le veía la negra cabeza y la lengua mordida entre los blancos dientes. Le di una voz, pero no se volvió, me dejó atrás y se escondió en la espesura. Corrí detrás de él, pero cuanto más lejos iba, más frondoso se hacía el bosque. Las ramas me arrancaban el sombrero, me golpeaban la cara, las espinas de los endrinos me enganchaban la ropa. Estaba cerca de los ladridos pero no podía ver nada.

De pronto, oí que los perros comenzaban a ladrar más fuerte, algo crujió fuerte y el jabalí empezó a resoplar y se puso ronco. Creí que *Bulka* lo había alcanzado y se esta-

ba ocupando de él. Sacando fuerzas de flaqueza, corrí a través de la espesura hacia aquel lugar. En plena espesura vi un galgo cárdeno. Ladraba y no se movía del sitio, y a tres pasos de él se veía algo negro que hacía ruido.

Cuando me acerqué, vi al jabalí y oí que *Bulka* estruendosamente empezaba a gañir. El jabalí comenzó a gruñir y a lanzar zarpazos al galgo, el galgo metió el rabo entre las piernas y saltó a un lado. Pude ver el costado y la cabeza del jabalí. Apunté al costado y disparé. Vi que había acertado. El jabalí gruñó y comenzó a alejarse de mí por la espesura. Los perros gañían, ladraban persiguiéndole, y yo me lancé por el bosque tras ellos. De pronto, casi a mis pies, vi y oí algo. Era *Bulka*. Estaba tirado de costado y chillaba. Debajo de él había un charco de sangre. Pensé: adiós perro, pero ahora no puedo ocuparme de él; y seguí adelante. Enseguida vi al jabalí. Los perros lo habían alcanzado por detrás, y él se revolvía de un lado a otro. Cuando el jabalí me vio, se vino hacia mí. Le disparé otra vez, casi a bocajarro, de tal manera que el cañón le quemó, y comenzó a ponerse ronco y a tambalearse, y se desplomó pesadamente.

Cuando me acerqué, el jabalí ya estaba muerto, ya solo se hinchaba aquí y allá, y sufría sacudidas. Pero los perros estaban erizados, unos lo desgarraban por la barriga y las patas, y los otros le lamían la sangre de las heridas.

Entonces me acordé de *Bulka* y me fui a buscarlo. Él salió a mi encuentro arrastrándose y gimiendo. Me acerqué a él, me acuclillé y examiné su herida. Tenía abierto el vientre y todo un ovillo de tripas le arrastraba por las hojas secas. Cuando llegaron mis compañeros, le re-colocamos las tripas y le cosimos el vientre. Mientras le pinchábamos la piel para coserle el vientre, no hacía más que lamerme la mano.

Atamos el jabalí a la cola del caballo para sacarlo del bosque, y tumbamos a *Bulka* sobre el caballo, y así fue como lo llevamos a casa. *Bulka* estuvo seis semanas enfermo y se curó.

Faisanes

(Descripción)

EN EL CÁUCASO a las gallinas salvajes las llaman faisanes. Hay tantos, que allí son más baratos que las gallinas de corral. A los faisanes se les da caza «con caballete», «después de hacerle sentarse» y «tras el perro».

He aquí como se caza «con caballete»: se coge una lona, se tensa en un bastidor, en el medio del bastidor se coloca un travesaño, y en la lona se hace un agujero. Este bastidor con lona se llama caballete. Con este caballete y con la escopeta se sale al bosque al amanecer. Se lleva el caballete por delante, y por el orificio se mira a los faisanes. Los faisanes, al amanecer, se alimentan en los claros del bosque; a veces la nidada completa, la clueca y los polluelos, a veces el gallo con la gallina, a veces varios gallos juntos.

Los faisanes no ven a la persona, y como no tienen miedo de la lona se acercan a ella. Entonces el cazador planta el caballete, asoma la escopeta por el agujero y dispara a placer.

«Después de hacerle sentarse» se caza así: se suelta un perro de corral en el bosque y se va detrás de él. Cuando el perro encuentra un faisán, se lanza sobre él. El faisán vuela al árbol, y entonces el perro comienza a ladrarle. El cazador va hacia los ladridos y dispara al faisán que está en el árbol. Esta caza sería fácil si el faisán se posara en el árbol en un lugar despejado y se quedara en una rama, de manera que se le pudiera ver. Pero los faisanes siempre se posan en árboles frondosos, en la espesura, y en cuanto divisan al cazador, se esconden entre las ramas. Y suele ser difícil acercarse entre la espesura al árbol en el que está el faisán, y verlo. Cuando el perro ladra al faisán, este no se asusta, permanece en la rama e incluso gallea y bate las alas. Pero en cuanto ve a una persona, se tiende en la rama de manera que solo un cazador experimentado puede distinguirlo, mientras que uno no acostumbrado no verá nada aunque esté al lado.

Cuando los cosacos se acercan cautelosamente a los faisanes, se calan las gorras y no miran hacia arriba, porque los faisanes tienen miedo a la gente con escopeta pero lo que les asusta por encima de todo son sus ojos.

«Tras del perro» se caza de esta manera: se coge un perro perdiguero y se va tras él por el bosque. El perro

olfatea el lugar en el que estuvieron y se alimentaron los faisanes al amanecer, y descifra sus huellas. Y por mucho que hayan enredado los faisanes, un buen perro siempre encuentra la última huella, la salida del lugar donde se alimentaron. Cuanto más tiempo siga el perro las huellas, más fuerte le olerán, y así alcanzará el lugar donde los faisanes pasan el día sentados en la hierba o caminando. Cuando llegue cerca, entonces le parecerá que el faisán está allí, justo delante de él, y comenzará a moverse con cautela, para no asustarlo, y se parará para saltar de golpe y cogerlo. Cuando el perro llega justo al lado, el faisán vuela y el cazador dispara.

Milton y Bulka

(Relato)

ME COMPRÉ UN PERRO perdiguero para cazar faisanes. El perro se llamaba *Milton*. Era alto, delgado, gris con manchas, de belfos muy colgantes y largas orejas, muy fuerte e inteligente. No se peleaba con *Bulka*. Ningún perro se ha peleado nunca con *Bulka*. En cuanto él enseña sus dientes, a veces ocurría, los perros meten el rabo entre las patas y se alejan. Una vez me fui a cazar faisanes con *Milton*. Sin esperarlo, *Bulka* vino corriendo en pos de mí al bosque. Yo quise echarlo pero no hubo manera. Y la casa estaba demasiado lejos como para llevarlo de vuelta. Pensé que no me molestaría y seguí adelante; pero en cuanto *Milton* olfateó los faisanes en la hierba y comenzó a buscar, *Bulka* se lanzó hacia delante y comenzó a entremeterse por todas partes. Intentaba coger un faisán antes que *Milton*. Oisqueó algo en la hierba, saltó, giró, pero

su olfato era malo, y no pudo hallar huella alguna; miró a *Milton* y corrió hacia donde *Milton* había ido. En cuanto *Milton* daba con alguna pista, *Bulka* se le ponía delante. Llamé a *Bulka*, le pegué, pero como si nada. Tan pronto como *Milton* comenzaba a buscar, él se lanzaba delante y le molestaba. Yo ya quería volver a casa porque pensaba que la caza se había estropeado pero *Milton* discurrió mejor que yo cómo engañar a *Bulka*. He aquí lo que hizo: en cuanto *Bulka* le adelanta, *Milton* abandona la pista, da la vuelta hacia otro lado y hace como que busca. *Bulka* se lanza hacia allá, hacia donde *Milton* había señalado, *Milton* me mira, mueve el rabo y vuelve otra vez sobre la huella auténtica. *Bulka* de nuevo corre hacia *Milton*, lo adelanta, y otra vez *Milton* da unos diez pasos hacia otro lado, engaña a *Bulka* y de nuevo me dirige a mí directamente. De manera que durante toda la cacería engañó a *Bulka* y no le permitió arruinárnosla.

La tortuga

(Relato)

UNA VEZ FUI DE CAZA CON *MILTON*. Cerca del bosque empezó a buscar, estiró el rabo, levantó las orejas y empezó a reconocer el olor. Preparé la escopeta y fui tras él. Pensé que buscaba una perdiz, un faisán o una liebre. Pero *Milton* no se fue hacia el bosque sino hacia el campo. Fui tras él y miré hacia delante. De pronto vi lo que *Milton* estaba buscando. Delante de él corría una tortuga no muy grande, del tamaño de una gorra. La cabeza pelada gris oscura estaba estirada en el largo cuello, como un pistilo; la tortuga movía ampliamente las peladas patas, y toda su espalda estaba cubierta por un caparazón.

Cuando vio al perro, escondió las patas y la cabeza y se hundió en la hierba, de manera que solo se veía una concha. *Milton* la cogió y comenzó a roerla pero no la pudo morder porque la tortuga tiene en la panza la misma concha que en la espalda. Solo por delante, por de-

trás y en el costado hay aberturas, por las que saca la cabeza, las patas y la cola.

Le quité la tortuga a *Milton* y examiné cómo estaba dibujada su espalda, qué concha tenía y cómo se escondía en ella. Cuando la coges en la mano y miras dentro del caparazón, en el interior, como en un sótano, se ve algo negro y vivo. Solté la tortuga en la hierba y continué mi camino pero *Milton* no quería dejarla y la trajo entre los dientes tras de mí. De pronto *Milton* lanzó un aullido y la soltó. La tortuga le había metido una pata por la boca y le había arañado. Eso enfadó tanto a *Milton* que comenzó a ladrar y de nuevo la cogió y la trajo tras de mí. Yo de nuevo le ordené que la soltara, pero *Milton* no me escuchaba. Entonces le quité la tortuga y la tiré. Pero él no la dejó en paz. Se puso a cavar un hoyo con las patas cerca de ella. Y cuando abrió el agujero, con las patas, tiró la tortuga al hoyo y lo tapó con tierra.

Las tortugas viven en la tierra y en el agua como las culebras y las ranas. Las crías nacen de los huevos. Ponen los huevos en la tierra, y no los empollan, los huevos se rompen solos, como las huevas de los peces, y de ellos salen las tortugas. Hay tortugas pequeñas, como un plátito, y grandes, de tres *arshines*⁹ de longitud y veinte *pudes*¹⁰ de peso. Las tortugas grandes viven en los mares.

⁹ Antigua medida rusa equivalente a 0,7112 m.

¹⁰ Antigua medida rusa equivalente a 40 libras, 16,381 kg.

Una tortuga en primavera pone cientos de huevos. La concha de la tortuga es su costillaje. En las personas y otros animales las costillas son independientes, pero en las tortugas se unen formando el caparazón. Lo principal es que en todos los animales las costillas están en el interior, bajo la carne, y en las tortugas las costillas están encima, y la carne debajo de ellas.

Bulka y el lobo

(Relato)

CUANDO ME FUI DEL CÁUCASO, allí todavía había guerra, y por la noche era peligroso salir sin escolta.

Yo quería irme lo más temprano posible por la mañana, y por eso no me acosté.

Mi amigo vino para acompañarme y estuvimos sentados toda la tarde y toda la noche en la calle de la *stanitsa*¹¹ delante de mi *jata*¹².

Era una noche neblinosa de luna, y había tanta luz que se podía leer a pesar de que la luna no se veía.

De pronto, en medio de la noche, oímos que al otro lado de la calle, en el corral, chillaba un lechón. Uno de nosotros gritó: «¡El lobo está asfixiando a un lechón!».

¹¹ Pueblo de cosacos.

¹² Casa tradicional ucraniana.

Entré corriendo a mi *jata*, cogí la escopeta cargada y salí corriendo a la calle. Todos estaban a la puerta del corral en el que chillaba el lechón y me gritaban: «¡Aquí!». *Milton* se lanzó tras de mí, seguramente pensó que me iba de caza con la escopeta, y *Bulka* levantó sus cortas orejas y corría de un lado para otro como si se preguntara a quién le mandarían atacar. Cuando me acerqué corriendo al seto, vi que desde ese mismo lado del corral, directamente hacia mí, corría un animal. Era un lobo. Se acercó corriendo al seto y se subió de un salto. Me alejé de él con cuidado y preparé la escopeta. En cuanto el lobo saltó del seto hacia donde yo estaba, apunté casi a bocajarrero y apreté el gatillo; pero la escopeta hizo «chic» y no disparó. El lobo no se paró y atravesó la calle corriendo. *Milton* y *Bulka* se lanzaron tras él. *Milton* estaba cerca del lobo, pero era evidente que tenía miedo a atraparlo, y *Bulka*, como sus cortas patas le impedían ir más deprisa, no conseguía alcanzarlo. Nosotros también corrimos tras el lobo tan rápido como pudimos, pero el lobo y los perros desaparecieron de nuestra vista. Solo oímos un ladrido suave procedente de una zanja en un rincón de la *stanitsa* y, a través de la neblina lunar, vimos que se levantaba polvo y que los perros armaban alboroto con el lobo. Cuando llegamos corriendo a la zanja, el lobo ya no estaba, y los dos perros se volvieron hacia nosotros con el rabo levantado y el rostro enfadado. *Bulka* gruñía y me

empujaba con la cabeza, era evidente que quería decir algo pero no sabía cómo.

Examinamos a los perros y nos dimos cuenta de que *Bulka* tenía en la cabeza una pequeña herida. Estaba claro que había alcanzado al lobo delante de la zanja pero no había conseguido agarrarlo, el lobo le había enseñado los dientes y había salido corriendo. La herida no era muy grande, así que no suponía ningún peligro.

Volvimos a la *jata*, nos sentamos y hablamos de lo que había pasado. Yo estaba enfadado porque mi escopeta había fallado y no hacía más que pensar que si hubiera disparado el lobo se habría quedado en el sitio. Mi amigo estaba asombrado: cómo había podido colarse el lobo en el corral. Un cosaco anciano decía que no había nada de que asombrarse, que no había sido un lobo, que había sido una bruja y que ella había hechizado mi escopeta. Así estábamos sentados conversando, cuando de pronto los perros salieron corriendo y otra vez vimos en medio de la calle, delante de nosotros, al mismo lobo; pero en esta ocasión nuestros gritos le hicieron huir con tanta rapidez que los perros no lo alcanzaron.

Después de esto, el viejo cosaco quedó absolutamente convencido de que no se trataba de un lobo sino de una bruja, y yo pensé si no sería un lobo rabioso, porque nunca había visto ni oído que un lobo volviera otra vez al pueblo después de haber sido perseguido de aquel modo.

Por si acaso, espolvoreé pólvora en la herida de *Bulka* y le prendí fuego. La pólvora se encendió y cauterizó la parte enferma.

Cautericé la herida con pólvora con el fin de que se quemara la saliva rabiosa si todavía no había llegado a la sangre. Porque si había caído saliva y había pasado a la sangre, yo sabía que por la sangre se dispersaba por todo el cuerpo y entonces ya era imposible curarlo.

Lo que le sucedió a *Bulka* en Piatigorsk (Relato)

DE LA *STANITSA* no me fui directamente a Rusia, fui primero a Piatigorsk, y allí me quedé dos meses. *Milton* se lo regalé a un cosaco cazador y a *Bulka* lo llevé conmigo a Piatigorsk.

Piatigorsk se llama así debido a que se encuentra en la montaña Beshtau. Y Besh en tártaro significa *Piati* [cinco], y *tau gora* [montaña]. De esta montaña brota agua caliente sulfúrea. Esta agua está ardiendo, como hervida, y sobre el lugar por donde discurre el agua desde la montaña siempre hay vapor, como sobre el samovar. Toda la zona, donde está la ciudad, es muy alegre. De la montaña brota un manantial caliente, por la montaña fluye el río Podkumok. En la montaña hay bosque, alrededor, campo, y a lo lejos siempre se ven las altas montañas del Cáucaso. En esas montañas la nieve no se derrite nunca, es-

tán siempre blancas, como azúcar. Una gran montaña, Elbrus, cuando el tiempo está despejado, se ve desde todas partes como una cabeza blanca de azúcar. A las fuentes calientes vienen a curarse; por encima de las fuentes hicieron cenadores, cobertizos y, alrededor, floridos jardines y caminos. Por la mañana suena la música y la gente bebe agua o se baña y pasea.

La ciudad propiamente dicha se encuentra en la montaña, y cerca de la ciudad hay un pueblo. Yo me alojé en ese pueblo, en una pequeña casita. La casita se levantaba en un patio, frente a las ventanas había un jardín, y en el jardín estaban las abejas del dueño, no en un tronco, como en Rusia, sino en canastos redondos. Eran abejas tan tranquilas que por la mañana solía sentarme con *Bulka* en el jardín entre las colmenas.

Bulka andaba entre las colmenas, se sorprendía con las abejas, olfateaba, escuchaba sus zumbidos, pero se acercaba a ellas con tanto cuidado que no las molestaba y ellas no lo tocaban.

Una mañana, al volver a casa de las aguas, me senté a tomar café en el jardincito. *Bulka* comenzó a rascarse tras las orejas y a hacer sonar el collar. El ruido desasosegaba a las abejas, así que le quité el collar. Poco después, oí un extraño y estremecedor ruido que venía de la ciudad, de la montaña. Los perros ladraban, aullaban, gañían, la gente gritaba, y el ruido que venía de la montaña estaba cada

vez más cerca de nuestro barrio. *Bulka* dejó de rascarse, metió su ancha cabeza con blancos dientes entre las blancas patas delanteras, metió la lengua en la boca como pudo, y mansamente se tumbó cerca de mí. Cuando escuchó el ruido, como si entendiera qué sucedía, aguzó el oído, enseñó los dientes, dio un salto y comenzó a gruñir. El ruido se acercaba. Absolutamente todos los perros de la ciudad aullaban, gañían y ladraban. Salí a la puerta a mirar, y la dueña de la casa salió también. Le pregunté: «¿Qué ocurre?». «Son los presidiarios, que están matando a los perros. Hay demasiados perros y las autoridades municipales ordenaron matar a todos los perros de la ciudad».

—¿Cómo? ¿Y matarían a *Bulka* si se lo tropezaran?

—No, no hay orden de matar a los que lleven collar.

En ese momento, como dije, los presidiarios llegaban ya a nuestro patio.

Delante iban soldados, detrás cuatro presidiarios encadenados. Dos de los presidiarios llevaban en las manos largos ganchos de hierro, y los otros dos, garrotes. Ante nuestra puerta, uno de los presidiarios enganchó a un perro de corral, lo arrastró al medio de la calle y otro de los presidiarios comenzó a golpearlo con el garrote. El perrillo gañía de una manera espantosa y los presidiarios gritaban no sé qué y se reían. El presidiario con el gancho dio la vuelta al perrito y cuando vio que estaba muerto sacó el gancho y miró a ver si había algún perro más.

En ese momento, *Bulka*, precipitadamente, de la misma manera que se había lanzado sobre el oso, saltó sobre ese presidiario. Me acordé de que estaba sin collar y grité: «¡*Bulka*, atrás!», y grité a los presidiarios para que no golpearan a *Bulka*. Pero el presidiario, que había visto a *Bulka*, se echó a reír, golpeó diestramente con el gancho a *Bulka* y lo enganchó por la cadera. *Bulka* retrocedió de un salto, pero el presidiario tiró hacia sí y gritó a otro: «¡Golpea!». El otro levantó el garrote, y habrían matado a *Bulka* si no fuera porque este saltó, la piel de la cadera se rasgó, y con el rabo entre las patas, con una roja herida en la pata, a todo correr voló a la portilla, se metió en casa y se acurrucó debajo de mi cama.

Se salvó gracias a que su piel se rasgó de lado a lado en el lugar donde había estado el gancho.

El final de *Bulka* y de *Milton* (Relato)

BULKA Y *MILTON* fallecieron a la vez. El viejo cosaco no supo tratar a *Milton*. En lugar de llevarlo con él solo a cazar aves, lo llevó a cazar jabalíes. Y aquel mismo otoño un jabalí *sekach*¹³ lo rajó. Nadie supo coserlo, y *Milton* murió.

Bulka tampoco vivió mucho después de salvarse de los presidiarios. Al poco de su salvación de los presidiarios empezó a ponerse triste y a lamer todo lo que encontraba. Me lamía la mano, pero no como antes cuando hacía mimos. Lamía durante mucho tiempo y apretaba la lengua con fuerza, y después empezaba a agarrar con los dientes. Era evidente que necesitaba morder la mano pero no quería. Dejé de darle la mano. Entonces empezó a

¹³ Jabalí de dos años con un colmillo agudo sin curvar. (N. del A).

lamer mi bota, la pata de la mesa, y después a morder la bota o la pata de la mesa. Estuvo así dos días y al tercer día desapareció, y no se supo más de él.

Robarlo era imposible, y huir de mí no podía. Así que como esto ocurrió seis semanas después de que lo mordiera el lobo, deduzco que el lobo tenía la rabia.

Bulka se puso rabioso y huyó. Le ocurrió lo que entre cazadores se llama *stechka*. Dicen que la rabia consiste en eso, en que al animal rabioso le dan calambres en la garganta. Los animales rabiosos quieren beber y no pueden porque con el agua los calambres se hacen más fuertes. Entonces la sed y el dolor los sacan de sus casillas y empiezan a morder. Es verdad que *Bulka* empezaba a sufrir esos calambres cuando comenzaba a lamer y después a morder mi mano y la pata de la mesa. Recorrí los alrededores preguntando por *Bulka* pero no pude averiguar por dónde andaba ni cómo murió. Si hubiera corrido y mordido, como hacen los perros rabiosos, habría oído hablar de ello. Pero seguramente se metió en algún lugar de la espesura y murió allí, solo. Los cazadores dicen que cuando un perro inteligente se convierte en *stechka* huye al campo o al bosque y allí busca hierbas, las que necesita, se revuelca en el rocío y se cura solo. Evidentemente *Bulka* no pudo curarse. No volvió y desapareció.

La liebre

(Descripción)

UNA LIEBRE europea macho vivía por el invierno cerca del pueblo. En una ocasión, cuando llegó la noche levantó una oreja y escuchó; después levantó la otra, alastró, olfateó y se sentó sobre las patas traseras. A continuación dio unos cuantos saltos sobre la gruesa capa de nieve y volvió a sentarse sobre las patas traseras, y se puso a mirar. Alrededor no se veía otra cosa que no fuera nieve. La nieve hacía ondas y brillaba como si fuera azúcar. Por encima de la cabeza de la liebre había vapor helado, y a través de este vapor se veían grandes estrellas brillantes.

La liebre necesitaba cruzar el camino principal para llegar a un granero que conocía. En el camino principal se oía cómo chirriaban los patines, resoplaban los caballos, crujían los asientos en los trineos.

La liebre se paró de nuevo cerca del camino. Unos hombres caminaban junto a los trineos con los cuellos de los *caftanes*¹⁴ levantados. Casi no se les veía la cara. Tenían las barbas, el bigote y las pestañas blancas. Y de sus bocas y narices salía vaho. Sus caballos estaban sudorosos y tenían escarcha pegada al sudor. Los caballos llevaban puestas colleras, daban empujones, cabeceaban, reaparecían en los altos. Los hombres alcanzaban a los caballos, los adelantaban y les pegaban con las fustas. Dos ancianos caminaban juntos, y uno le contaba al otro cómo le habían robado un caballo.

En cuanto pasó el convoy, la liebre saltó al camino y sin prisa se dirigió al granero. Un perro del convoy vio a la liebre. Empezó a ladrar y se lanzó tras ella. La liebre se fue a toda prisa hacia el granero por los montículos de nieve; la liebre no se hundía, pero el perro al décimo salto se atascó en la nieve y se paró. Entonces, la liebre también se paró, se apoyó sobre las patas traseras y lentamente fue hacia el granero. Por el camino, en el huerto, encontró dos liebres. Estaban comiendo y jugando. La liebre jugueteó con sus compañeras, escarbó con ellas en la nieve helada, comió los cultivos de invierno y siguió adelante. En el pueblo todo estaba en silencio, las luces apagadas. Solo se oía el llanto de un bebé en una isba a tra-

¹⁴ Tolstói no se refiere a la prenda de vestir sin cuellos, que usan los turcos y los árabes, sino a los recios abrigos rusos antiguos.

vés de las paredes y el crujido de la helada en los troncos de las isbas. La liebre pasó al granero y allí encontró compañeras. Retozó con ellas, comió avena de una pequeña barrica empezada, se encaramó al tejado cubierto de nieve, a la mostelera y, a través del cercado, volvió hacia su barranco. Por el Este despuntaba la aurora, había menos estrellas y el vapor helado ya se disipaba. En la aldea cercana se despertaron las mujeres y salieron a por agua; los hombres llevaban forraje del granero, los niños gritaban y lloraban. Por el camino pasaron aún más convoyes, y los hombres hablaban en voz alta.

La liebre cruzó el camino a saltos, se fue hacia su vieja madriguera, buscó un lugar más elevado, quitó la nieve, se tumbó de espaldas en la nueva madriguera, apoyó las orejas en el lomo y se durmió con los ojos abiertos.